



PEDRO TRIGO

## A 10 AÑOS DEL CONCILIO

# Letra vieja y nuevo espíritu

### FIN DE LA RESTAURACION

Eso fue ante todo el Concilio. Por eso, una vez dado el paso, nos parece ahora tan natural. Sin embargo entonces no lo fue. Cuando el papa Juan anunció su propósito de abrir las puertas y ventanas del venerable edificio de la Iglesia para que penetraran en ella los gozos y esperanzas del mundo y también sus huracanes lo que sentimos la mayoría de los cristianos fue miedo. Miedo a qué iba a pasar, miedo al desamparo en que quedábamos fuera de "aquestos tutelares muros", miedo, en el fondo, de entrar a compartir total y francamente la historia. Porque intuíamos que una inmensa mole congelada comenzaba a desplazarse. Y entonces nuestra fe entró en crisis. Una inmensa mole anclada para resistir el embate de los siglos puede ser admirada o aborrecida, pero ahí está. Pero un inmenso barco viejo que de pronto sale del dique seco y se sumerge en el océano nos causa inquietud. Y más si vamos en él. Todos nos preguntamos ¿resistirá la prueba? Y mientras tanto al timón un anciano gordo y risueño nos cantaba cantos blancos y jocosos de esperanza.

Y el anuncio del concilio, además de miedo, causó escándalo. Porque el viejo pontífice aspiraba conmovido la brisa que entraba del mundo a la Iglesia y en ella reconocía el soplo del Espíritu divino. Pues, ¿es que la Iglesia no era la sociedad perfecta? ¿Es que la revelación no se acabó con la muerte del último apóstol? ¿Es que no está todo claro y definido: lo que se ha de creer, lo que se ha de obrar, lo que se ha de orar y lo que se ha de recibir? ¿Es que no valía nada la noble dignidad con que los papas habían resistido las seducciones del mundo moderno? ¿Acaso el largo y fecundo pontificado de Pío XII no significaba el éxito, incluso a los ojos del mundo, de esta política de segura firmeza, de grandeza, de fidelidad, de observancia? .

Y ahora un anciano papa campesino hablaba de ir al mundo. Decía que él era un humilde servidor de la causa de la paz, un lugar de encuentro de Oriente y Occidente, de religiosos y ateos porque él sólo era el servidor de Jesús, salvación y signo de esperanza para todos los hombres de buena voluntad.

Por eso hablaba de un concilio pastoral, de una actitud no de definir, de contradistinguir ni condenar sino de convertirse al hombre, de verlo con los ojos de Dios. Hablaba de dejar como Jesús, aun privilegios y adquisiciones legítimas, para

compartir desnudos y solidarios la aventura de la humanidad.

Muchos eclesiásticos creyeron que esto sería poner en peligro innecesariamente el rigor conceptual del dogma. Hablaron de que este lenguaje poco preciso llevaría a diluir el depósito de la fe. El humanismo del papa Juan habría significado una abdicación más o menos disimulada.

Pero si éstos se sobresaltaron, el mundo reconoció en esa voz, no la voz de un extraño, sino la del que se hace compañero de camino. Y como en tiempos de Jesús, muchos de los hijos del reino se rasgaron las vestiduras, tuvieron tristeza y envidia, y sin embargo los hombres de Oriente y de Occidente vinieron a sentarse a la mesa fraternal. La voz del papa traspasó los muros y fronteras de la estrecha observancia y muchas razas, culturas y tradiciones religiosas hablaban en sus propias lenguas las maravillas de Dios.

Pronto comenzó la contraofensiva de los piadosos doctores de la ley. Los mastines de la ortodoxia intentaron cercar, aislar y sabotear al papa. Por ejemplo, la invitación del papa a los obispos chinos nunca llegó a su destino y la invitación a los representantes rusos hubo de hacerla él por su propia cuenta. Y cuando los obispos de todo el mundo confluyeron al Concilio Vaticano II en Roma se encon-

traron con que la curia vaticana ya tenía todos los documentos redactados. Eran definiciones, precisiones y condenaciones en el estilo de los últimos siglos. Los habían convocado solamente para que las firmaran. Pero los obispos no vieron en esos papeles el Espíritu que los había reunido y los rechazaron. La curia presionaba para que con leves retoques se acabara todo pronto. El papa apoyó a los que pedían un tono no escolástico sino pastoral y una discusión libre y a fondo.

### ENTRE LA LEY Y LA HISTORIA.

En el primer esquema sobre la revelación se desató la cuestión de fondo. Por una parte los que la concebían como un hecho clausurado, claro y distinto, fijado de una vez por todas por una tradición que la declara autoritativamente. Por otra los que la concebían como un hecho histórico, progresivo, inacabado aún, sólo comprensible para el hombre que asume su responsabilidad histórica, y que siempre necesita de renovada interpretación. Esta corriente triunfó. Y de este modo, al descongelar la historia, se anudó con lo más vivo de la tradición.

Las consecuencias se manifestaron en todos los campos: La liturgia no era entonces un rito incomprensible y hierático, regulado por prescripciones rigurosas y realizado en ámbitos segregados de lo profano. Sino la expresión simbólica de esa acción de gracias que debe ser la vida cristiana, la consagración, en la muerte y resurrección de Jesús, de la tierra y del trabajo de los hombres. Y ante la estupefacción de muchos de liturgia empezó a cambiar cada día.

La Iglesia no se presentaba como la sociedad soberana y perfecta sino como un misterio de salvación cuyo depositario, cuyo sujeto era el pueblo de Dios. Lo de la jerarquía no se negaba sino que se ponía en su sitio: algo secundario que no tenía

valor en sí ya que sólo existía para el pueblo de Dios, para servirlo. El pueblo de Dios era el centro de la Iglesia. Un pueblo grande, más allá de las fronteras del catolicismo, más amplio incluso que las confesiones cristianas y hasta más extenso que la explícita confesión de Dios ya que se compone de todas las gentes de la tierra pues a él pertenecen de varios modos o se destinan todos los hombres de un modo universal, llamados a la salvación por la gracia de Dios.

A esta humanidad pertenece Jesús como el hombre pleno y el eje a través del cual los hombres construyen la historia. Jesús como fuente inagotable de historia ya que no sólo revela al hombre quién es Dios sino al hombre quién es el hombre. La manera cómo la Iglesia sirve al mundo es siendo la memoria viva, haciendo presente este misterio de salvación que palpita en la historia humana. Pero para eso es indispensable que participe plenamente de los gozos y esperanzas y tensiones y problemas de esta historia.

Desde esa solidaridad será capaz de leer en las diversas culturas y religiones caminos de humanidad, caminos hacia Dios inspirados por el Espíritu creador de Dios. Y no pretenderá superponer nada ni arrebatar nada sino colaborar humildemente para que se consume todo lo bueno y para que se supere toda alienación. Porque Jesús no se adecúa a ningún modo concreto de ser hombre, pero desde dentro de cada uno de ellos empuja hacia nuevas metas. Y siguiendo a Jesús la Iglesia, que pertenece a culturas bien concretas, no puede limitarse a ninguna de ellas sino servir desde dentro a cada una llevándola hacia el futuro plurimorfo y comparido.

#### CONSUMACION DEL EUROCENTRISMO CRISTIANO.

Para no pocos observadores el concilio apareció como un enfrentamiento entre la Europa latina —con su prolongación latinoamericana— y la Europa sajona. Los del norte con su religión fundada y razonada, su democracia y su pujanza económica habrían desplazado de la cúspide del catolicismo a una Iglesia latina que naufragaba en el tradicionalismo de devociones exaltadas y leyes intrincadas y obsoletas. La apertura del dogma a los resultados de la investigación científica de la Biblia, el decreto sobre la libertad de conciencia, la insistencia en el ecumenismo con las demás confesiones cristianas, las duras acusaciones al autoritarismo romano y las peticiones de reforma radical de la curia y democratización general de las estructuras de la Iglesia apuntarían en esa dirección. Incluso analistas políticos habrían caracterizado al concilio como

reforma de las estructuras de la Iglesia para adaptarlas a las exigencias y condiciones de vida de la Europa del Mercado Común.

Creemos que algo de eso hubo. Fue un paso necesario. Tal vez se pueda caracterizar teológicamente como la recuperación desde dentro del momento de la Reforma en lo que a través del tiempo se ha decantado como más valioso.

Desde este punto de vista, que es el que reflejan las conclusiones, podemos describir al concilio como la máxima generalización posible de los valores cristianos de la sociedad occidental. Sería un inmenso esfuerzo por asimilar lo más dinámico del mundo (desarrollado) y desde esa perspectiva abrirse a las demás culturas, a sus necesidades y aspiraciones.

No sería, pues, todavía un concilio universal, pero sí un paso histórico decisivo en esa dirección, tal vez su umbral.

#### POSTCONCILIOS

Ese umbral se ha traspasado en el postconcilio.

El concilio tuvo algo de primaveral, preñado de futuro, por aún genérico. Hablaba del mundo y del hombre. Y tiene un sentido el mantener esta generalización, como es siempre válido hablar de la vida, de la felicidad, de la muerte y del amor. Como tiene un sentido la poesía. Pero es insuficiente. Puede haber una verdad genérica, pero la realidad es concretísima. Y ahí es donde el postconcilio se vuelve plural y conflictivo.

Y ahí está la angustia de Pablo VI, pontífice del concilio, dando pasos a la vez en distintas direcciones, fluctuando perpetuamente entre el temor y la esperanza. Que tal vez no acaba de arriesgarse a aceptar que a lo universal se llega por lo particular. Que se aferra al hombre genérico que en definitiva es el individuo. O que ve fines pero rechaza medios. Que es exponente y víctima de la magnitud del salto que se está dando en la Iglesia y que parece soportar un peso excesivo para un solo hombre.

#### VENEZUELA A 10 AÑOS DEL CONCILIO

Creemos que la situación es difícil. No ha existido esa situación genérica del concilio. Ese momento de juventud como un espacio de libertad, de abrirse con holgura a un horizonte sin estar todavía apretado por tomar decisiones necesariamente conflictivas. Ese momento de repensar con cierta calma, de discutir un poco en el aire todavía, de imaginar, de proyectar no se ha dado entre nosotros.

Hubo cambios de objetos, todo importado. Y de pronto se nos vino encima Medellín. El encuentro entre el preconconcilio militante y una manera, un tanto clerical también, de entender Medellín fue explosivo. La guerra fueron sólo escaramuzas por las escasas fuerzas y el poco parque de los contendientes. Todo por el pueblo pero con poco pueblo. Así tuvo que ser y quedaron enseñanzas. Ahora viene la marcha larga. Hay muchas cosas que hacer en muchos campos. Hay resistencia institucional. Hay poca gente y a veces se desespera. Pero creemos que algo ha cambiado. Y aunque somos una Iglesia pobre la cosa no va del todo descaminada. No señor. A 10 años del concilio. ●

Uno de los postconcilios es el de la curia romana. Es una realidad muy vasta y tiene que haber en ella grandes cristianos, pero en líneas generales habría que decir que no sigue al papa. Que es preconconciliar. Que el reflejo de seguridad —más, creemos, que el de prepotencia— condiciona negativamente su funcionamiento.

Estaría también el postconcilio del Occidente desarrollado. Avanzó muchísimo, pero con un horizonte limitado. La fe llevó a reformas individuales y a reformas institucionales. Pero eso se agota pronto. Incluso involuociona. Creemos que últimamente la fe está llevando a planteamientos globales sobre la propia cultura y sociedad. Pero el temor de una ruptura —y tal vez su imposibilidad práctica— paraliza muchos ánimos.

Estaría finalmente el postconcilio del Tercer Mundo. El del Africa parece el más imaginativo, el más dramático, el más original. La africanización del cristianismo es un reto hermoso y difícil, y más difícil aún al tener lugar en un marco conflictivo de descolonización, lucha por el desarrollo, por la justicia y para no caer en un neocolonialismo.

El postconcilio de América Latina tuvo su hito denso en Medellín. Allí se partió del neocolonialismo y de la lucha de clases y se reconoció el paso de Dios en la lucha por la liberación política, el desarrollo económico, la justicia social, la revolución cultural y la desalienación religiosa. Grupos crecientes de cristianos toman en serio este análisis y lentamente se organizan para llevarlo a cabo. Pero las dificultades son inmensas. En gran parte políticas. Pero también debidas a las dudas de la jerarquía y sectores cristianos. Tras una primera acometida ha venido una ola de represeión. Ahora se sabe que el camino es largo. Se va dando el paso del juicio moral —denuncia de las injusticias— al político —construcción de una sociedad nueva. Se valora más justamente la fuerza que es la fe y cómo ha de ser alimentada; y, a pesar de todas las críticas, se aprecia realísticamente el servicio de diversas organizaciones cristianas.